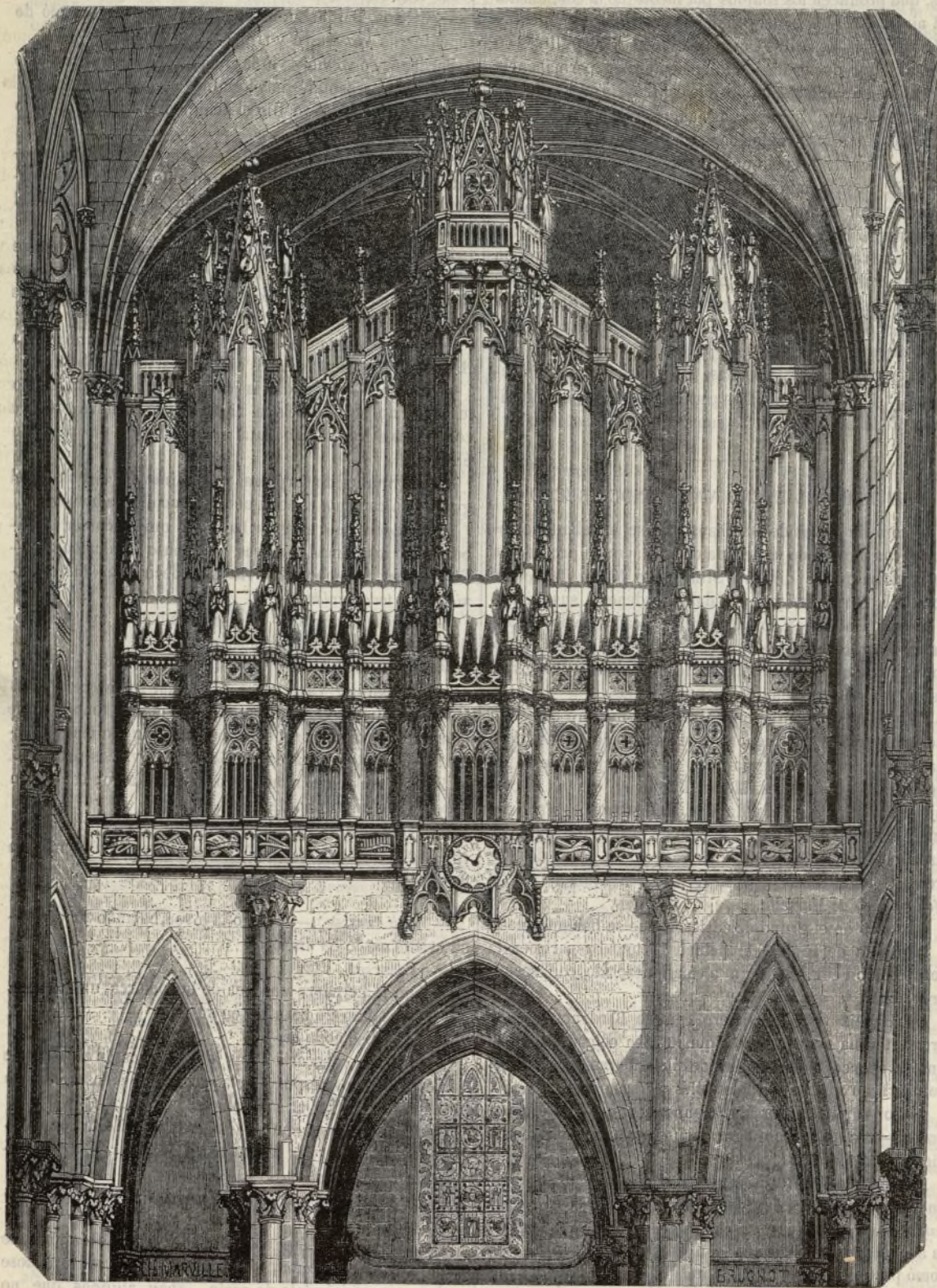


EL ORGANO DE SAN DIONISIO.



Organo de la iglesia de San Dionisio en Paris.

En 1834 se decidió la construcción de un órgano en la iglesia de San Dionisio de Paris, que se llevaron por oposición los fabricantes Cavaillé-Coll. Al cabo de siete años de trabajo, el órgano salió de los talleres de estos construc-

tores, el 9 de octubre de 1840, y fué inaugurado el 21 de setiembre de 1844: es el mayor y mas completo que existe en Francia, y es seguro que dentro de algunos años habrá adquirido una celebridad igual á la del de Friburgo. Esa-

T. I.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

bido que la parte esencial de un órgano consiste en sus fuelles, que producen los sonidos por medio de la compresión del aire; los fuelles del órgano de San Dionisio cuentan ocho grandes depósitos, que contienen 47,000 litros de aire, aire que puede decirse está siempre en permanencia para alimentar al instrumento que contiene la enorme suma de unos cinco mil cañones. Las flautas, de 32 piés de elevación, despiden los sonidos con una fuerza tal, que hacen temblar los vidrios como el zumbido de una campana colosal. En un principio se temió que los teclados de un instrumento tan gigantesco no fuesen demasiado duros; pero, gracias á M. Barker, que ha inventado un nuevo aparato para precaver esta dificultad, cada tecla cede á la presión del dedo con una prontitud notable, sin exigir mas fuerza que la que se emplea en los pianos ordinarios. En toda la construcción del órgano se ha sustituido el hierro á la madera, de suerte que el interior presenta un armazón de una sencillez y claridad estremadas. Sus proporciones son elegantes y el estilo se armoniza perfectamente con el del edificio, produciendo un efecto sumamente satisfactorio.

DEL DICHO AL HECHO VA GRANDE TRECHO.

La casa de postas de Oberhausberg se hallaba toda vuelta con motivo de la llegada de un carruaje procedente de Saverna que se dirigía á Strasburgo. Maese Topfer, el posadero, corría acá y acullá dando órdenes á sus criados y á sus postillones, mientras que el carruaje desenganchado delante de la puerta cochera, llamaba en su derredor la atención de una porción de chiquillos y ociosos de los que siempre pululan en los pueblecillos.

Entre esos últimos se encontraba un hombre de rostro moreno y ojillos vivarachos, y cuyo cortado acento formaba un contraste singular con el lenguaje tudesco de los demás espectadores. Maese Bardanou, era en efecto, hijo del mediodía, y conducido á Oberhausberg por casualidad, puso en frente de la casa de postas una peluquería á cuya puerta se leían en letras azules estos dos letreros: — *Se corta y riza el pelo con equidad. — Se afeita al uso de Marsella.*

Mezclado en el grupo de curiosos que se había formado á la puerta de Topfer, el peluquero tomaba parte en la conversacion comun en un alemán mezclado con acento provenzal.

— ¿Habeis visto al viajero, maese Bardanou? — le preguntó una mujer anciana que llevaba colgada al brazo una de esas cestas con ovillos de hilo alfileres y trencillas, que indican una tendera de calles y plazuelas.

— Por supuesto, tia Hartmann, — respondió el peluquero, — es un hombre grueso que me parece tiene mas vientre que cerebro.

Maese Bardanou tenia mucha afición al epigrama por lo cual pasaba en Oberhausberg por un hombre de mucho caletre. Los que oyeron su chanza sobre el recién llegado, la acogieron respondiendo con una risotada, en la cual tomó parte la señora Hartmann, quién, sin embargo repuso un instante despues mirando al peluquero:

— Mas valen las rentas que los chistes, vecino, porque con los chistes se anda á pié y se vá en coche con las rentas.

— Es mucha verdad lo que decis, tia Hartmann, — respondió el provenzal con aire grave, — y sin embargo Dios sabe á donde conduce la riqueza. Yo quisiera saber

qué ha hecho ese forastero que acaba de llegar para merecer toda su fortuna.

— Callaos, Bardanou, es un baron! — interrumpió de repente una voz fresca y risueña.

Bardanou se volvió y vió la ahijada de maese Topfer que acababa de presentarse en el umbral de la puerta.

— ¡Un baron! — repitió el peluquero, — ¿y quién os lo ha dicho Niceta?

— El lacayo que viene con él; — respondió la jóven, — me ha dicho que el señor baron no quiere bajar al comedor, y que quiere que le pongan su mesa en la sala del balcon.

Los curiosos alzaron la cabeza, para mirar al cuarto de que hablaba Niceta, cuyo balcon daba á la calle, pero no pudieron distinguir la menor cosa porque estaban corridas por dentro las cortinas.

— ¿Y le habeis puesto allí la mesa? — preguntó la tia Hartmann indicando con los ojos el cuarto del balcon.

— Yo no; — respondió la jóven, — al señor baron no le gusta nuestra porcelana ni cristalería, y lleva siempre consigo una vajilla de plata encerrada en un cajon de ébano.

Un murmullo de sorpresa y admiración circuló en el grupo; unicamente el peluquero se encojió de hombros.

— Es decir que el señor baron no quiere comer ni beber como los demás hombres, — repuso ironicamente. — El gran rey Salomon tenia razon en decir; *vanidad de vanidades y todo vanidad!*

— Vamos Bardanou, — no se debe hablar mal del prójimo, — interrumpió Niceta sonriendo.

— ¡El prójimo! — repuso el peluquero, — ¿acaso lo es mio el baron? Vaya, vaya, ese señor se parece á todos los demás que pasan por aquí. Habeis oido el tono con que llamó á su criado, porque estaba hablando con maese Topfer? — Os estoy aguardando German... vamos pronto!... Ni le deja hablar un momento al pobre diablo; ese baron debe de ser un tirano de marca mayor.

— ¿Qué estais diciendo Bardanou? — exclamó Niceta. — Quiera Dios que os engañeis: ¿sabeis por qué se marcha á Baden?

— No.

— Va á casarse, — repuso la jóven bajando la voz, — su criado me lo ha dicho.

— ¡Casarse!

— Con la heredera mas rica de la comarca, una viuda...

— Que acaso no ha visto en su vida.

— ¡Ah! Eso no lo sé.

— No debe conocerla; esas jentes se casan á estilo de comercio, por correspondencia, porque no piensan en otra cosa mas que en saciar su avaricia.

— ¡Callaos, Bardanou! — interrumpió Niceta con pres-teza — siempre estais dispuesto á juzgar mal de los demás sin conocerlos...

— Y peor juzgo cuando los conozco, — añadió el peluquero.

— Sin embargo bien sabeis que no todo el mundo se casa para enriquecerse, — repuso la jóven sonrojándose un poco y mirándole de reojo — hay algunos que no consultan mas que su corazón...

— Como yo ¿no es verdad? — continuó alegremente Bardanou tomando la mano de Niceta.

— No quiero decir eso, — repuso vivamente la jóven.

— Perdonadme, perdonadme, — exclamó Bardanou, — ya sabeis bien Niceta, que yo no ando buscando herencias,

y que no me pareceis ménos hermosa despues que maese Topfer se ha resuelto á no daros dote ninguno, pero soy un poco orijinal, un filósofo, como dice vuestro padrino y por eso se me ocurren ideas que no se parecen á las de los demas. Por eso se me revuelve la sangre cuando veo hombres como ese baron para quienes la fortuna no es mas que un instrumento de vanidad, de tiranía y de avaricia, y no puedo ménos de decir que si me hallase en su lugar sabria disponer mejor de los dones de la Providencia.

— Eso es lo que falta saber maese Bardanou, — repuso la vieja tendera, — la fortuna trastorna las mejores cabezas.

— Cuando no se tienen principios, no lo dudo, — exclamó vivamente el peluquero, — pero yo tengo mi filosofía, tia Hartmann, y sé que si de un momento á otro me fuese favorable la fortuna, tanto cambiaria maese Bardanou, como el campanario de la iglesia que está allí en frente.

Bardanou, como estamos viendo, no carecia de confianza en sí mismo: una vez en este terreno se puso á esplicar largamente en una calorosa improvisacion todas las cosas útiles y grandes que haria si llegaba á verse algun dia en la opulencia; pero aun no habia concluido su brillante apoteosis, cuando el viajero se presentó en el umbral de la posada. El baron era un hombre de cuarenta años, repleto, y un poco calvo; sin embargo en sus ojos de un azul claro brillaba la intelijencia, y solo las preocupaciones del peluquero habian podido dictar el juicio que de él se habia formado.

El baron saludó afectuosamente al grupo que estaba delante de la puerta, y exclamó sonriéndose:

— Supongo que la comarca es buena, y que aquí se vive dichoso.

— En todas partes sucede lo mismo cuando se disfruta de la paz interior, — respondió sentenciosamente Bardanou.

El baron hizo un ademan de asentimiento.

— Lo que decis es muy verdadero, — repuso con amabilidad, — el que comprende así la felicidad debe necesariamente poseerla.

— ¡Ah! — dijo Bardanou, algo amansado por las afables maneras del baron, — es bien necesaria la filosofía, cuando no se tiene otra cosa.

— ¿No os va bien en vuestra profesion? — preguntó el forastero con interes.

El peluquero se encojió de hombros.

— No tengo costumbre de quejarme, — respondió Bardanou, — corto el pelo, afeito y hago tirabuzones, y en cuanto á lo demas espero á que venga la fortuna.

— Y vendrá, — repuso el baron, — estad seguro de ello; la casualidad no haimitado al gobierno suprimiendo la loteria, y hoy ó mañana puede soplar la suerte.

— Ya que hablamos de loteria, — repuso Niceta; — ahora me acuerdo que hemos echado á la rifa del castillo; bueno seria que le ganásemos!

— ¡Un castillo! — repuso el forastero aplicando el oido.

— Con tierras y bosques, — continuó Bardanou. — El año pasado vinieron de Francfort vendiendo billetes y Niceta me obligó á tomar uno.

— ¿Es por ventura el dominio de Rovemburgo?

— No lo sé porque ni siquiera he mirado el billete, pero pronto saldremos de la duda.

Y al decir esto el peluquero sacó de su cartera un prospecto y un billete.

— Sí, sí, eso es, — dijo despues de haber echado una ojeada sobre el prospecto, — « Dominio de Rovemburgo situado á dos millas de Badewiher á la entrada de la Selva Negra. » El sorteo ha debido verificarse el 20 de julio.

— Como ha sucedido, repuso el forastero.

— Y sabeis que número ha ganado.

— El 66.

Bardanou miró su billete, lanzó un grito y empalideció.

— ¡El 66! ¿De veras es el 66?

— Sin duda ninguna; lo he visto anunciado en Saverna.

— Entonces el dominio de Rovemburgo es mio, — exclamó el peluquero trémulo de gozo.

— ¡Vuestro! — repitió el baron asombrado.

— Sí, sí, mio; tengo el número 66!

Y al decir esto mostraba en el aire su billete en ademan de triunfo. El forastero, cuya fisonomía se alteró de pronto, se acercó con presteza, pero despues que hubo mirado el número, lanzó un grito de alegría, y ya habia abierto la boca para hablar, cuando de repente se detuvo como herido de alguna reflexion, miró á Bardanou y se inclinó como felicitándole.

La noticia de aquella fortuna inesperada corrió bien luego por el lugar, y el peluquero, que se habia retirado á su tienda no tardó en verse acometido por una multitud de personas deseosas de darle la enhorabuena. Bardanou en medio de su alegría tenia aun algunas dudas, pero el baron le envió inmediatamente un ejemplar de la gaceta de Francfort que contenia todos los pormenores del sorteo y confirmaba completamente la noticia.

Bardanou supo acomodarse bien en un principio con aquel cambio repentino. Pasada la primera emocion de gozo y de sorpresa, recobró en apariencia su sangre fria y se puso á hablar amistosamente con los que iban á felicitarle, únicamente se notaba en él que hablaba mas alto que de costumbre, y ostentaba mas gravedad en la afabilidad de sus maneras; el peluquero se iba volviendo un gran señor; saludaba con la mano, y hablaba de sus proyectos continuamente; aun no sabia si iria á establecerse á Rovemburgo, porque siempre le habia gustado Oterhausberg, pero, por otra parte, como era frances, se creía obligado á marchar á Francia. De cuando en cuando dejaba escapar algunas alusiones á su proyecto de matrimonio con Niceta quien le escuchaba con la boca abierta, y recibia las felicitaciones de sus compañeras.

Entretanto el notario habia indicado ya á Bardanou cuales eran las medidas que debia tomar. En su opinion, la primera era la de marchar inmediatamente á Rovemburgo, donde debian reunirse en breve los interesados, y efectuar la toma de posesion en toda regla.

Bardanou fué del mismo parecer y declaró que iba á partir inmediatamente. El tabernero le ofreció su carro y un labrador su caballo, pero Bardanou les dió las gracias con un ademan majestuoso y respondió que en su nueva posicion no podia viajar como un cualquiera, añadiendo que aunque todo eso no eran mas que preocupaciones, sin embargo queria presentarse en Rovemburgo de una manera digna de su título. Así pues, maese Topfer aprontó su mejor silla de posta y sus caballos mas hermosos, y ademas obtuvo el peluquero el que le acompañasen Niceta y el notario encargado de arreglar la toma de posesion. Niceta no encontró nada que decir contra ese proyecto, y

sin preguntarse si Bardanou la llevaba en su carro de triunfo por amor ó por orgullo, sin malicia como todos los corazones buenos y sencillos agradecía en extremo el recuerdo de Bardanou, y sentía hacia él un doble cariño.

El peluquero, como ya hemos dicho, trató de dominarse en un principio; su nueva posición se le presentaba como un sueño que, á pesar de todas sus apariencias de realidad, deja sin embargo algunas dudas; pero á medida que la silla de posta iba adelantando por el camino, Bardanou iba adquiriendo mas y mas la certidumbre que le faltaba. A cada parada sus maneras iban siendo mas aristocráticas, y sus ideas, contenidas hasta entónces en sus justos límites, se escapaban en torbellinos de egoísmo ó de orgullo de que Niceta se sonreía, y que el notario dejaba pasar, merced á la opulencia del peluquero. Al mismo tiempo, la noticia de la repentina riqueza de Bardanou se iba esparciendo por todas partes, los postillones se la trasmitían á sus compañeros, y se iba repitiendo por el camino:

— ¡El propietario del dominio de Rovemburgo!

Cada una de esas exclamaciones era como una ráfaga de viento que hinchaba el corazón de Bardanou, quien viéndose objeto de una curiosidad y admiración sin límites, se creía un príncipe que viaja de incógnito. De cuando en cuando se asomaba á la portezuela para que le viesen aquellas buenas jentes que le salían al encuentro; saludaba con la cabeza, echaba algunos cuartos á los pobres, y por poco que le hubiesen instado, habría dado la mano á besar.

En la última posada donde se detuvo, se quejó del servicio, diciendo que la mantelería era ordinaria, que la vajilla estaba desportillada y los cubiertos torcidos, añadiendo que si alguna vez salía de su castillo llevaría, como el baron, un servicio de plata para el viaje. También el vino le pareció de mala calidad, y tuvieron que traerle algunas botellas de las reservadas para las grandes ocasiones.

En fin el castillo de Rovemburgo mostró á lo lejos sus calles de árboles, por encima de cuyas copas despuntaban los techos agudos de sus torrecillas. Bardanou mandó al postillon que pusiera al paso á los caballos, para gozar mejor de aquel golpe de vista. Niceta lanzaba gritos de admiración al distinguir las praderas esmaltadas de florecillas; el notario tasaba en voz baja el valor de las tierras y de los prados, y maese Topfer admiraba algunos caballos que pastaban en las praderas; únicamente Bardanou, guardaba el mas completo silencio. Al ver las torrecillas de Rovemburgo acababa de asaltarle la idea de que acaso iba unido al dominio algun título de conde ó marqués, título que le era indispensable en su nueva posición, porque sin él, maese Bardanou podría parecer siempre un advenedizo.

A este punto llegaba el peluquero en sus reflexiones cuando llegaron á las puertas del castillo. Niceta quiso apearse, pero Bardanou deseaba entrar como dueño en su nueva morada. Esperaron á que el portero viniese a abrir la verja, hecho lo cual, la silla de posta penetró en el patio de honor con los caballos al trote y con gran ruido de látigos y cascabeles. Bardanou supo por el portero que hasta la mañana siguiente no llegarían las personas que se esperaban de Francfort, hallándose solo en el castillo la sobrina de su antiguo dueño madama de Randoux.

Esta no tardó en efecto en presentarse en lo alto del peristilo donde recibió á maese Bardanou con toda la gracia de una señora noble, unida á la afabilidad mas esquisita.

Madama de Randoux era una viuda de veintinueve años mas agradable que bonita, pero muy elegante en sus modales y llena de encantos en su trato. La joven viuda hizo entrar á Bardanou con los que le acompañaban en un rico salon adornado al uso de Luis XIV.

El peluquero se encontró con el baron que les habia precedido algunas horas y que madama de Randoux le presentó como un antiguo amigo. Poco despues se sirvieron refrescos, y Bardanou hizo los honores con los ademanes de un propietario que gasta lo que le pertenece. La joven propuso luego el dar una vuelta para visitar el dominio, y al efecto hizo enganchar los caballos á su carretela en la cual entró con Bardanou en compañía de Niceta y del baron.

Nuestro peluquero no cabía en sí de contento; la alegría y el orgullo le exaltaban hasta la demencia. Sentado en los blandos cojines de la carretela, miraba con una compasión despreciativa á los campesinos que atravesaban los caminos á pié, y ni siquiera pensaba en devolver sus saludos á aquellos pobres diablos que ya le parecían que no tenían nada de comun con él.

Bardanou no se mostró muy satisfecho despues de haber visto la propiedad; habló de mejoras, de embellecimientos, y acabó por declarar que queria hacer de Rovemburgo una verdadera residencia real.

De vuelta al castillo fué todavía peor. El antiguo peluquero dijo que el amueblado era mezquino, y que no habia bastantes criados, y en seguida espuso con indolencia los cambios que trataba de hacer. Sabia como se gobiernan las casas grandes, porque habia visto de cerca antiguamente la del príncipe de Groix con quien pretendia tener algun parentesco, lo cual sorprendió mucho á Niceta, aunque no se atrevió á decirle nada, porque hasta aquel instante nunca le habia oido mentar semejante cosa.

(Concluirá.)

EL PASEO DEL POETA.

No me creas con un corazón salvaje porque me paseo solitario á lo lejos en el valle y en la selva sombría; — voy á escuchar al Dios de los bosques para repetir á los hombres sus palabras.

No me llares perezoso, porque me veas inmóvil con los brazos cruzados á orillas del arroyo; — esa superficie tan pura es una página en que cada nube que pasa por el cielo deja escrita una línea.

No creas que pierdo las horas pasadas en cojer las flores de los campos; — cada una de esas brillantes corolas, al entrar en mi casa, se doblega bajo el peso de un pensamiento.

No hay misterio que no se halle figurado en las flores, ni historia, por secreta que sea, que no la canten los pájaros en los bosques.

Los bueyes del labrador llevan á su casa los haces de mieses; pero queda aun otra cosecha en los campos que me llevo yo en una canción.

R. W. EMERSON.

— Los hombres pueden ser inconsecuentes, pero la humanidad no lo es, y la lógica, tan necesaria á la inteligencia continúa siempre su camino.

VINET.

EL MEDICO DE ALDEA.

(Fragmento del diario de un maestro de escuela.)



Dibujo y grabado de los hermanos GIRARDET.

Voy á contar como le vi por la primera vez. ¡Pobre hombre que conocí bien tarde, y cuyo recuerdo me entenece aun! En la opinion de los profesores, tu ciencia no valia mucho; tu biblioteca no era voluminosa; no estudiaste la anatomía, bisturi en mano, tratando de descubrir en una carne muerta y descompuesta los misterios de la vida y la organizacion. Dejaste á la muchedumbre de los sabios el cuidado de buscar el pájaro en la jaula vacía, el alma en el cuerpo sin conocimiento ya, tú te dirijias á la salud para curar las enfermedades, y muchas veces las agitaciones del pensamiento te esplicaron el desorden de los órganos. Muchos hay que pretenden esplicar el espíritu por la materia, pero á ti te sucedia lo contrario: curabas los desórdenes del alma al mismo tiempo que los del cuerpo. Tu jenio resplandecia con la ardiente llama de la caridad; ¡cuántas

cosas sabías! ¡cuántos misterios ignorados de hombres mas hábiles supo descubrir tu observacion constante, iluminada por el tierno amor de la humanidad!

Pero olvido que me he propuesto contar nuestra primera entrevista. Su criada que le servia á la vez de cocinera, de palafrenera, de mozo de botica y de enfermera, me introdujo en una especie de recibimiento que olia fuertemente á botica.

Enfrente de mí habia una puerta por donde pude ver de lleno al doctor. No quise entrar, y estaba tan atento á lo que hacia, que no notó para nada mi presencia.

Una aldeana le consultaba sobre su hijo; tenia en sus rodillas al niño que queria esconderse apretándose contra ella, tratando de evitar la mirada profunda y escudriñadora del doctor. La madre hablaba como todas las madres,

tan absorta en sus inquietudes como el doctor en su observación. No creyendo haber dicho nunca lo bastante para la salvación del querido de su alma multiplicaba y repetía los pormenores:

— Se le ve ponerse delgado; ya ni ríe, ni juega, el pobrecito; nada le gusta, nunca se encuentra con apetito, y no quiere acostarse ni dormir: los juegos de sus hermanos le incomodan tanto que se pone negro de cólera; no puede sufrir á nadie mas que á mí, á su madre... ¡corderito mío!

— ¿Es el heredero, no es verdad? — preguntó el doctor.

— Sí, señor; no tenemos mas niño que él, y es el menor de edad.

— ¿Los demas son hembras?

— Sí, señor doctor, y grandecitas; la mas jóven es la que me ha ayudado á traer aquí al hermanito. ¡Oh! Lo que es á esa no le falta ni salud ni apetito, no; pero este pobrecito está tan delgado y tan malo que no sé lo que vamos á hacer.

— ¿Supongo que deseais su cura? — dijo el doctor.

— Ya lo creo, señor doctor; corderito mío; daríamos por él todo lo que tenemos.

— Entonces, que siga el mismo régimen que sus hermanas que disfrutaban de tan buena salud; que se levante al ser de día, como ellas; que las acompañe á cuidar los pavos y las vacas; que se siente el último á la mesa, que coma lo que los demas y veréis como le viene el apetito.

— Pero, señor doctor, si es tan delicado y de tan tierna edad! Nunca tenemos nada bueno que darle!

— Os vuelvo á repetir que si queréis que cure, si queréis que como todos los niños mimados y preferidos no tenga un fin precoz, es preciso que le hagais levantar cuando cante la tórtola; que no coma mas que á las horas, tres veces por día, y sobre todo, no hay que darle ninguna golosina...

— Pero entonces, señor doctor, no querrá comer nada: no le gustan mas que las natillas, los caramelos ó los pastelillos que le traen de la ciudad. Si alguna vez come un poco de fruta, ha de ser sin estar madura. No querrá comer nada, señor doctor, no os quepa la menor duda.

— Pues ayunará, amiga mía, y eso le sentará mejor. Si le mimais y andais con tonterías, no le doy seis meses de vida.

— Pero no va á querer dormir, señor doctor: para que cierre los ojos tengo que mecerle en mis brazos mas de dos horas.

— Si le meceis, y si no seguis á la letra lo que os mando, podeis ir hilvanando su mortaja, porque muy pronto la habrá menester.

Dicho esto, el médico se subió los anteojos que habia bajado para observar mejor al enfermo, y se puso á leer en un abultado tomo que estaba abierto encima de la mesa.

La aldeana no podia marcharse despues de haber oido aquella terrible predicción; despues de mil súplicas y ruegos, prometió de la manera mas solemne, conformarse estrictamente á lo prescrito por el doctor.

— Decidme señor doctor, — dijo por último la madre, — ¿no le mandais nada mas? ¿no debe tomar ninguna medicina?

— Sí, que tome las píldoras soberanas, pero que venga por ellas aquí tres veces por semana, con su hermanita que le hará correr un poco.

— Pero el pobrecito no puede dar diez pasos sin que se le doblen las piernas...

— Dentro de ocho días andará con gusto el cuarto de legua que dista de aquí la granja. Mis píldoras no sirven mas que para aquellos que andan mucho, ántes y despues de tragarlas, si no se hace así, es muy peligroso tomarlas porque pueden hasta causar la muerte. Si quereis que el muchacho viva, ya os he dicho que observeis lo mandado estrictamente. Que no coma sin tener mucha hambre, ni se acueste sin estar muy cansado; que sirva á los demas en vez de servirle á él, y os respondo de que ántes de seis meses estará muy fresco y muy guapo y no le volverá á dar la cólera negra.

La mujer se levantó poniendo de pié al chiquillo que miraba al médico con temor y un poco de reojo. Sin embargo echó á andar con su madre. El doctor alzando entonces los ojos me vió y se vino á mí; tal vez otro día tendré ocasion de contar su entrevista con él.

AGRICULTURA.

MODOS DE MULTIPLICAR EL TRIGO.

1.º Tómense hortigas, hiezos, cardos, helechos, agallas de enebro, y otras plantas de esta calidad, y despues de puestas á secar, quémense en parajes en donde se puedan recoger las cenizas. Mézclese con cinco libras de estas otra tanta cantidad de esccremento de carneros ó palomina, y póngase á cocer el todo en dos buenos cubos de agua hasta que quede esta reducida á la mitad. Cuélese luego semejante lejía por un lienzo á fin de que resulte bien clara, y y póngase á calentar hasta el grado de poder mantener la mano dentro. Echense entonces en ella hasta sesenta libras del grano que quisiere sembrarse, cuidando de revolver el todo muy bien con un palo y de separar cuanto nadare en el licor. Déjese remojar el grano por cuatro horas, y despues de sacado y estendido para que se oree, continuése regándole con la misma agua de lejía hasta consumirla toda. Cada día podrá regársele por dos ó tres veces, y al cabo de tres ó cuatro días, que será el mayor tiempo que el licor tardará en consumirse, se verá que el trigo se ha hinchado y engruesado tanto como un buen guisante. En estando el trigo enjuto siémbrese segun costumbre, y con solo renovar esta lejía de tres en tres años, se sacará un provecho considerable.

2.º En Inglaterra hay labradores que para fertilizar sus campos emplean todo el cuidado de parte de la tierra, sin preparar los granos. Para ello recojen en el mes de junio toda clase de yerbas, y despues de secas y quemadas, mezclan sus cenizas con arena del mar y las esparcen sobre sus tierras algunos dias ántes de hacer la siembra. En defecto de estas yerbas se sirven de la alga marina y del lodo salino, y han observado siempre que nada contribuye tanto á la fertilidad de sus tierras como la arena del mar, y que cuanto mas adentro de esta se toma, tanto mas rica es la cosecha.

3.º Tómese zumo del mejor estiércol que pueda conseguirse, y para ello llénese una gran cuba ó tina de estiércol de carneros, caballos y otros animales hasta las dos terceras partes de su cabida, y acábesela de llenar con agua de lluvia, ó á lo ménos de rio; déjese el estiércol en remojo por dos dias, y al cabo de ellos estraigase el agua, la cual saldrá impregnada de las sales del estiércol, quedando este descargado de ellas. Hecho esto póngase el trigo ó otra cualquiera semilla á remojar en dicho zumo por veinte y cuatro horas: sáquese pasado este tiempo y póngase

á secar á la sombra, porque si se pusiese al calor del sol le chuparía las sales; siémbrese al instante que esté enjuto, pues de lo contrario podría alterarse su fuerza, y repitiendo todos los años la misma maniobra, se conseguirá diez y ocho ó veinte veces mas trigo que por el método ordinario.

4.º Júntese en un grande hoyo cantidad de estiercol puro de caballo y échese encima agua con frecuencia: en habiéndose podrido bien aquella materia por algunas semanas, sáquese el agua impregnada ya de las sales del estiercol: póngase á cocer por un rato en caldera grande y añádasele una corta cantidad de nitro ó de salitre, que son una misma cosa: apártese luego la caldera del fuego, y cuando el licor no estuviere mas que tibio échese á remojar en él el trigo que quiera sembrarse: déjesele macerar en esta composicion por tres dias á fin de que se hinche y que los jérmenes se abran, dilaten y desenvuelvan, y por último sáquesele del agua y déjesele enjugar un poco antes de sembrarle. Como por este método se necesita una tercera parte menos de grano para la siembra que por el método comun, cortan algunos paja muy menuda y suplen con ella aquella tercera parte de grano, y sembrándolo todo junto consiguen con tan poco trabajo unas cosechas muy abundantes.

JERUSALEN.

M. de Lamartine es uno de los escritores mas ilustres que han visitado Jerusalem. Ninguna descripcion podiamos elejir mas reciente, completa y animada que la suya; el poeta la ha trazado de una plumada y en el instante mismo en que sus ojos descubrieron por primera vez el panorama de la santa ciudad. Hé aquí sus impresiones.

La montaña de las Olivas en que me senté, baja casi perpendicularmente hasta el profundo abismo que la separa de Jerusalem y que se llama el valle de Josafat. De lo mas recondito de este valle sombrío se eleva una inmensa y ancha colina, en cuya rápida pendiente ningun árbol puede echar sus raices; piedras y tierra ruedan por ella sin cesar, y no presenta á la vista mas que una superficie empolvada árida y seca, pareciendo un vasto monton de cenizas arrojadas de lo alto de la ciudad. Hacia la mitad de esa colina, ó esa fortificacion natural, se ven unas altas y fuertes murallas de piedras anchas y sin cortar por su lado exterior, que ocultan sus cimientos romanos y hebreos bajo la ceniza misma que cubre sus piés, altas de cincuenta, ciento, y hasta trescientos piés, contados desde su base. — En esas murallas hay tres puertas, dos de ellas tapiadas, y la única que está abierta parece tan vacía y desierta como si diese entrada á una ciudad enteramente deshabitada. Los muros, que se elevan aun por encima de esas puertas sostienen una ancha y vasta azotea que ocupa las dos terceras partes de la longitud de Jerusalem por el Oriente. La azotea puede tener unos quinientos á seiscientos piés de ancho; está perfectamente nivelada menos por el centro donde se ahonda insensiblemente como recordando al ojo el valle poco profundo que separaba antiguamente la colina de Sion de la ciudad de Jerusalem. Esa magnífica plataforma preparada sin duda por la naturaleza, pero concluida por la mano del hombre, era el sublime pedestal en que descansaba el templo de Salomon. Hoy existen en ella dos mezquitas turcas una el Sakara, en el centro de la plataforma, en el mismo sitio en que debió estar el templo, y otra á la estremidad sudoeste de la azotea tocando con los muros de la ciudad. — Mas

allá de las dos mezquitas se estiende Jerusalem y resplandece por decirlo así, sin que la vista pueda perder un techo ni una piedra, como el plano de una ciudad en relieve puesto sobre una mesa. Esa ciudad, no es, como nos la han representado, un conjunto confuso é informe de ruinas y cenizas donde se ven aquí y acullá algunas chozas de árabes y algunas tiendas de beduinos, ni tampoco como Atenas, un caos de polvo y murallas derruidas donde en vano busca el viajero la sombra de los edificios, el sitio de las calles, un recuerdo cualquiera de una ciudad, no; Jerusalem es una ciudad brillante de luces y colores que ostenta intactos sus almenados muros, su mezquita azul con sus columnas blancas, sus millares de cúpulas resplandecientes donde cae para elevarse en vapores, la tibia luz de un sol de otoño, las fachadas de sus casas teñidas por el tiempo y los estios del color amarillento y dorado de los edificios de Roma, sus antiguas torres para guardar sus murallas á las cuales no falta ni una piedra ni una tronera, ni una almena, y por último en medio de ese océano de casas y esa nube de pequeñas cúpulas que sobresalen por encima de ellas, una cúpula negra abocinada mas ancha que las otras y dominada por otra cúpula blanca que es el Santo Sepulcro y el Calvario, tan confundidos y ahogados en el inmenso dedalo de cúpulas, edificios y calles que les rodean, que es difícil adivinar el sitio del Calvario y el del Sepulcro, que segun las ideas que nos da el Evangelio debian hallarse en una colina estramuros de la ciudad y no en el centro de Jerusalem. Acaso la ciudad, achicada por el lado de Sion, se habrá ensanchado por el Norte para abrazar en su recinto los dos sitios en que estriba su vergüenza y su gloria; el lugar del suplicio del justo y el de la resurreccion del hombre-Dios.

Mirando la ciudad desde lo alto de la montaña de las Olivas, no se vé el horizonte detras de ella por el occidente ni por el norte. La línea de sus muros y de sus torres, las agujas de sus infinitos minaretes y los arcos de sus cúpulas deslumbradoras se destacan en el claro azul de un cielo de oriente, y la ciudad sentada de ese modo en su plano ancho y elevado, parece brillar aun con todo el antiguo esplendor de sus profecias, sin esperar mas que una sola palabra para salir resplandeciente de sus diez y siete ruinas sucesivas, y volverse aquella *nueva Jerusalem hija del brillante desierto de la luz!*

Jerusalem presenta el aspecto mas deslumbrante que puede presentar una ciudad que ya no existe, porque aparenta vivir aun como una ciudad llena de juventud y de movimiento, y sin embargo, si se la mira con atencion, se descubre que ya no es en efecto mas que un bello fantasma de la ciudad de David y de Salomon. En sus calles y plazas no se oye el menor ruido; en vez de los caminos que conducian á sus puertas, no hay sino algunos senderos que serpentean al acaso entre las rocas, por donde no se ven mas que algunos árabes medio desnudos montados en sus asnos ó algunas mujeres de Belen ó de Jerico que llevan á la cabeza un cesto de uvas de Engaddi, ó un canastillo de palomas para venderlas por la mañana bajo los terebintos fuera de las puertas de la ciudad. Todo un dia estuvimos sentados en frente de las puertas principales de Jerusalem, y dimos la vuelta á la ciudad pasando por delante de las demas. Nadie entraba ni salia; ni aun había mendigos en las esquinas, ni se veía al centinela en los umbrales; no vimos nada, ni nada oímos: el mismo vacío, el mismo silencio se notaba á la entrada de una ciudad de treinta mil almas, durante las doce horas del dia, que si hubiésemos

pasado por delante de las frías puertas de Pompeya y del Herculano.

El aspecto jeneral de las cercanías de Jerusalem puede pintarse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles

sin agua, tierra sin verdura, rocas sin terror y sin magnificencia; de distancia en distancia un grupo de pálidos olivos haciendo como una mancha de sombra en los flancos escarpados de una colina; mas léjos un terebinto ó un ne-



Vista de Jerusalem.

gro algarrobo destacándose triste y solitario en el azul del cielo; las murallas y cienicientas torres de las fortificaciones de la ciudad descubriéndose á lo léjos en la cresta de Sion; ningun pájaro cantando en los aires y ni siquiera un grillo chillando en los surcos desprovistos de yerba: por último un silencio completo,

eterno en la ciudad, en los caminos y en los campos.

Jerusalem, donde se va á visitar un sepulcro, es ya ella misma una tumba, pero tumba sin cipreses, sin epitafios, sin monumentos, cuya losa ha sido hecha pedazos y cuyas cenizas esparcidas por la tierra que la rodean, la cubren con un manto de luto, de silencio y de esterilidad.